

LA VIDA Y EL BIOS, CLAVES EN EL PENSAMIENTO
POLÍTICO CONTEMPORÁNEO
Life and bios, keys to contemporary political thought

María Luisa Pfeiffer
Universidad de Buenos Aires – CONICET
maliandi@retina.ar

RESUMEN: Partiendo de las calificaciones de la vida como *Signum* y *Chiffre* de Nancy, recorreremos las metáforas de la vida hasta llegar al cuerpo como metáfora mayor a la que denominamos *bios*. El *bios* como vida calificada, como poder, nos conduce a pensar el poder como potencia de la voluntad. Pero ese espacio, el de la potencia de la voluntad, está ocupado por la ciencia, hija dilecta de la metafísica, ¿cómo hablar de la vida entonces? El *bios* ha sido colonizado por la ciencia que lo ha expresado en el gen, la sustancia sin cuerpo, la hipótesis que se puede traducir la complejidad de la vida a su expresión más simple y lo ha dominado con la genética. El poder, la potencia de la ciencia se ha adueñado del *bios* y la calificación de la vida ha pasado a ser destinal. ¿Es la vida *Signum*, *Chiffre*, es la vida libertad o destino?

Palabras clave: **vida / cuerpo / potencia / ciencia / gen / destino**

ABSTRACT: Taking as a starting point Nancy's qualifications of life as *Signum* and *Chiffre*, we'll go through life metaphors in order to reach the body as the larger metaphor for *bios*. *Bios* as qualified life, as power, let us think power as potentiality of will. This place, that of the potentiality of will, is taken by Science, beloved daughter of Metaphysics. How can we speak of life then? Science has colonized *bios* and has expressed this colonization through the gene: substance without body, hypothesis that can turn life complexity to its simplest expression and thus dominate it through genetics. The power, the potentiality of science has seized *bios* and, hence, life has become destinal. Is life *Signum*, *Chiffre*? Is it freedom or destiny?

Keywords: **life / body / potentiality / science / gene / destiny**

Es posible tomar una frase de Nancy como punto de partida de una reflexión sobre cuestiones que me gustaría calificar de anacrónicas, en el sentido que da Derrida a esta palabra, es decir que pertenecen y seguirán perteneciendo a todos los tiempos del pensamiento filosófico, tal vez porque lo constituyen, porque forman parte de ese lenguaje que, cuando lo usamos, nos identifica como filósofos. No se trata de exponer a Nancy sino tomarlo como disparador del pensamiento.

Nancy dice refiriéndose a la vida que ella se presenta como *signum*, como signo o señal. Uno se pregunta ingenuamente “signo o señal de qué” puesto que esas palabras remiten siempre a otra cosa, a otro. Primera idea a rescatar entonces a partir de esta afirmación: la vida siempre remite a otro, no podemos detenernos en ella, definirla, objetivarla, medirla, es como un tobogán sobre el cual no podemos pararnos.

¿Adónde nos precipita la vida? En esta búsqueda de un “espacio” propio de la vida nos encontramos con sus metáforas, como por ejemplo el tiempo: el tiempo que marca ese característico venir de... ir hacia... y venir de... que nos acosa con el fin y el principio, que nos obliga a construir o reconstruir la memoria y a desear el olvido, porque la memoria mata y el olvido da vida: “sin capacidad de olvido no puede haber ninguna felicidad, ninguna esperanza, ningún orgullo, ningún presente”¹. Aunque mucho olvido puede convertirse en un veneno letal². Tiempo, memoria y olvido juegan roles diferentes respecto de la vida, recordemos que el olvido es la desaparición del tiempo y nos sume en la idiotez, la mudez y la quietud de la locura, según la imagen perfectamente lograda en la caracterización de los inmortales, los hombres sin tiempo, de Borges³. Tiempo-vida que genera la moral, la política, las ideologías, que buscan darle una forma y retenerla; tiempo-vida que nos empuja a pensar y sentir que “todo tiempo pasado fue mejor” o por el contrario que alcanzaremos la plenitud en el futuro: juventud vs. vejez, memoria liberadora u opresiva, historia cumplida o a realizar, “progresando”; tiempo que queremos detener en el instante –“un instante cualquiera es más profundo y diverso que el mar”⁴ dice

nuevamente Borges–, un instante en que la vida se realice definitivamente y que incluso encierre la eternidad como desea Nietzsche.

También el movimiento es una metáfora de la vida que señala la imposibilidad de detenerla y retenerla y despierta esa sensación de que siempre se nos está escapando de entre las manos y ese sentimiento de que “la vida es corta aunque las horas sean largas”⁵, esa contradicción que sentimos en los momentos intensos de que nada debería moverse, todo debería permanecer, y al mismo tiempo, que seguimos en movimiento perdiendo o tal vez ganando algo mejor, más satisfactorio, más pleno, más deseable, que hubiéramos perdido con la quietud.

También el espacio es símbolo de la vida, ya que en medio de la vorágine del cambio hay algo que permanece, algo que señala a lo otro en la presencia, lo patentiza, lo impone como percepción del límite. El espacio tiene que ver con la libertad, porque es lo que impide el total desapego y al mismo tiempo reclama la interioridad y la exterioridad, reclama al otro en la presencia ausente, en el “entre”. Pensar la libertad sin el otro separado y unido por el espacio percibido como “entre”, es imposible, es transformarla en destino, la ineluctable fatalidad que reina en el proceso del mundo natural en que todo es uno. Este espacio “entre” se concreta como cuerpo, como percepción de la corporalidad que nos constituye, desde aquí es posible imaginar, pensar, formular el espacio como vida. Por eso el cuerpo también es una metáfora de la vida en cuanto es percibido como su sede, su advenimiento, su traza, su revelación, es “donde” la vida opera, se manifiesta, comienza, termina, adquiere formas específicas, deja huellas, se multiplica, encuentra su plenitud y su miseria. Espacio y cuerpo son las metáforas más ricas de la vida a las que atamos la identidad, la integridad, el lenguaje y la diferencia.

Pero Nancy nos dice que la vida se presenta además como *chiffre*, cifra, ¿qué es lo que nos está ocultando la vida? ¿Cuál es el mensaje guardado tan celosamente que nos impresiona como un misterio a desentrañar? ¿Cuál es la clave que nos permitirá descifrar la vida? Nancy habla de la trascendencia. ¿Temporal, espacial? Si la vida se trasciende en el tiempo, lo hace como posibilidad de renovarse y reproducirse, lo que la asimila a un devenir eterno que niega como tal al tiempo y al movimiento. Mientras que si lo hace espacialmente la asociamos con la propiedad, la ocupación, el dominio o con el vacío, la virtualidad, la nada. ¿O acaso trascender significa que siendo la vida la presencia manifiesta del ser es la negación del no ser? ¿O es

1. F. Nietzsche, *Zur Genealogie der Moral, Werke (Karl Schlechta)* II, München, Carl Hanser Verlag, 1955, p.799. La memoria sería lo que colma la conciencia impidiendo que “entre” nada nuevo en ella.

2. M. B. Cragnolini, “Memoria y olvido: los avatares de la identidad en el “entre”, *Escritos de Filosofía*, Buenos Aires, Academia Nacional de Ciencias, N° 37-38, enero-dic., 2000.

3. J. L. Borges, “El Inmortal”, *El Aleph*, Madrid, Alianza, 1972.

4. J. L. Borges, “El otro, el mismo” (1964), *Obra Poética*, Buenos Aires, Emecé, 1977.

5. *Idem*.

precisamente ese trascenderse permanentemente lo que niega la posibilidad al ser? ¿Es la muerte el no ser, es la muerte el símbolo de la trascendencia o al revés? ¿O tal vez Nancy está pensando en “otra” vida? ¿O está apuntando a la potencia del *bios*? Nancy se refiere explícitamente al salto hacia lo posible abriendo la puerta a la potencia, a la posibilidad. Pero esto puede confundirnos porque el concepto de potencia es un concepto metafísico que nos dificulta separarnos de la condición absoluta y definitiva del ser. La vida es potencia ¿de ser? O más bien potencia de nada en cuanto que está marcada por el no ser. ¿O tal vez es potencia de potencia, poder para poder, en un juego infinito de indefiniciones, imposibilidad de nombres, de detención del movimiento hacia...?

Pero cuando se introduce el cuerpo, el cuerpo humano, la vida como metáfora corporal, ya no hablamos de vida sino de *bios*. Se trata entonces de avanzar hacia la diferencia entre la vida y el *bios* siguiendo alguna de las rutas marcadas. La biopolítica ha elegido la reflexión sobre la potencia, el “poder”. Para hacer algún aporte en este sentido pondré entre paréntesis el poder como dominio, dejando para un segundo momento las asociaciones con la soberanía y procuraré acercarme al “hilo conductor” del cuerpo, según la expresión de Nietzsche, para poder verlo en relación con el poder. Si el cuerpo es la clave para comprender el poder en tanto y en cuanto éste como potencia es siempre potencia de la voluntad, ¿no nos lleva esta asociación a una voluntad que es siempre poder, potencia? ¿A un cuerpo potencia? ¿Sistema vital que se reproduce en un movimiento que no cesa, en un movimiento de perenne reproducción? Estamos muy cerca, una vez más, de los planteos de la biotecnología, de la biología, la genética y la ciencia en general que buscan una vida poderosa que resista a la muerte.

La gran dificultad del pensamiento, de la reflexión, aparece esta vez alrededor de la vida y no como en otro momento de la filosofía en relación al ser; es la vida la que nos pone frente a la necesidad de responder desde otro lugar que no sea el de la manipulación científica, técnica, política. Pero ¿cómo hablar de la vida sin identificarla con el ser, con alguna sustancia, y al mismo tiempo poder alcanzarla y nombrarla? Nos preguntamos con Nancy ¿cómo nombrar lo envolvente? Pero además ¿cómo hacerlo sin confundirlo con el ser? ¿Cómo no hacer una metafísica de la vida? Recupero el propósito de Derrida de alcanzar un pensamiento que comience por la descripción de lo que hay que no sea *stricto sensu* filosófico, en cuanto procure deshacerse de ciertas fórmulas, ciertas dicotomías que han obligado históricamente a elegir uno de los extremos para poder hablar del otro. La metafísica es la

afirmación del ser y para poder hablar de algo que no lo sea se ha recurrido, como lo ha hecho Heidegger, a la metafísica negativa que es la afirmación del no ser, es decir, la afirmación de la errancia del ser y su retorno a la errancia⁶. La pregunta clave aquí es cómo hacer filosofía sin hacer filosofía, como describir lo que hay con “otras palabras” que no adquieran su validez de la filosofía, que no remitan a la filosofía, que no sean legitimadas o deslegitimadas por ésta, que nos permitan movernos en un lenguaje, ese espacio en que hay una comprensión previa a la palabra, ese espacio compartido en que al mismo tiempo creamos y repetimos símbolos que refieren a lo que ya sabemos los que hablamos⁷. Una filosofía o un pensamiento que nos permita avanzar con ella y desde ella a una descripción de la vida. Tal vez el cuerpo sea la clave en cuanto es en sí mismo otro que asimila, “come” lo otro, lo otro con lo que choca, con lo que se encuentra necesariamente y debe reconocer como otro para “comérselo”, para hacerlo “carne”.

Este lenguaje nos es extraño, no suena a filosófico y menos aún a científico, parece más bien el relato macabro de un encuentro con un antropófago. Todo el esfuerzo de la filosofía posgriega es un esfuerzo por librarse de esa fuerte impronta que ha marcado al pensamiento con la lógica implacable del ser, que por cierto es el campo fértil donde crece nuestro lenguaje. Recurrir al lenguaje poético o incluso a los juegos semánticos incorporados a la filosofía por Heidegger, y tan abusados muchas veces por los pensadores actuales, puede resultar muy atractivo y causar mucho placer intelectual, pero es estéril a la hora de buscar respuestas al mayor de los condicionantes de nuestras decisiones, acciones, ideas: el lenguaje de la ciencia heredera dilecta de la metafísica y cuyo mayor objetivo es ser un nuevo Prometeo. Porque de lo que se trata no es de filosofar sino de vivir y de vivir bien, y la vida es hoy espacio ocupado por la ciencia. Y si bien algunos suponen que pueden vivir de una manera más o menos aceptable para cada cual, pareciera que no caen en la cuenta que se derrama sangre que inunda los espacios y toca los cuerpos, y la muerte propia y ajena los acecha a cada paso. Los filósofos podemos contentarnos con discusiones eternas acerca del ser y la nada, de la potencia y la inmanencia, pero lo que no podemos es engañarnos y caer en discusiones eternas acerca de la

6. M. Heidegger, “Bauen Wohnen Denken” (1951), en *Vorträge und Aufsätze (1936-1953)*, Hrsg.: F.-W. von Herrmann, Gesamtausgabe, Bd. 7, 2000, XVIII, p. 298 y ss.; “Die Irre”, en *Besinnung (1938/39)*, Hrsg.: F.W. von Herrmann, Gesamtausgabe, Bd. 6, Frankfurt, 1997, XIV, p. 438 y ss.

7. M. Merleau-Ponty, *Phénoménologie de la Perception*, Paris, Gallimard, 1964, p. 145.

vida, porque la muerte propia y ajena nos pone frente a la obligación de “construir” una buena vida, un concepto de buena vida, y una buena vida compartida con los otros.

Buscando un pequeño aporte en ese camino hemos de reconocer primero que la construcción de la vida como *bios*, vida humana, está hecha hoy sobre conceptos biológicos. Que ya no hablamos de ciencia sino de biociencia, de tecnología sino de biotecnología, de ética sino de bioética, de política sino de biopolítica, de informática sino de bioinformática y podríamos multiplicar los ejemplos, y esos *bios* que sumamos a los campos del saber científico refuerzan el sentido del concepto de vida construido desde la biología. Esta es una vida abstracta en el sentido más lato de la palabra, establecida por un discurso lógico, paradigma metafísico cristalizado por una voluntad empecinadamente positiva, para el cual conceptos como tiempo, espacio, cuerpo, libertad, lenguaje, por ejemplo, no tienen ninguna relación con la vida⁸. La vida que nos propone la ciencia es la afirmación de una positividad, una realidad sostenida sobre una sustancia simple, hallada mediante un análisis cada vez más fino y preciso, tal cual reclamaba Descartes. La sustancia sin cuerpo, el gen, podría ser considerado el paradigma de la vida y es, sin duda, la más clara expresión de un orden natural a-espacial, eterno y sometido a la necesidad de la *Physis*. El gen es una de esas hipótesis desde la cual se puede traducir la complejidad de la vida a su expresión más simple. La presencia del gen como elemento que explica todos los atributos y estados del humano, propuesta por los genetistas, replicada por los medios⁹ y asimilada por la gente, alcanza un “alto poder explicativo” que actúa con la categoría del mito. La genética adquiere así, a la sombra del gen como nuevo ícono cultural¹⁰, el carácter de ciencia rectora de la vida y respuesta a todos los males. La vida entonces, tanto hablando genéticamente como morfológicamente, consiste para la biología en una complejización de algo inicial donde

8. En este sentido no comparto la idea nietzscheana de pensar la vida como sensibilidad o mejor dicho a la sensibilidad como condición de posibilidad de la vida como carácter identificador de todo cuerpo vivo sin diferencias, o con diferencias de grado. Hablar de *bios* significa hablar de “otro modo de vida”.

9. En los medios sólo aparecen las novedades que provienen de la asociación “un gen-una enfermedad” ya que es la única fórmula que responde claramente a la hipótesis simplificadora sobre la que trabajó inicialmente la genética y la que permite seguir pensando la vida como un mecanismo explicable. Complejizar las relaciones, admitir que no hay respuestas y a veces ni siquiera preguntas nos enfrenta a lo indecible, el misterio, que de ninguna manera puede ser previsto ni dominado.

10. Cfr. P. Digilio, “El gen como nuevo ícono cultural”, *Cuadernos de Ética*, Buenos Aires, n° 30, 2002, pp. 9-19.

están todas las potencias, todo el poder, que sólo deben desplegarse, desarrollarse. La vida es el motor de la evolución. La incógnita de la vida se ha visto convertido por la ciencia en un sistema mecánico de relaciones de diverso grado de complejidad y es este modelo el que permite construir todos los saberes sobre la vida, incluso el político, ya que la sociedad se asimila a un “cuerpo vivo” donde las relaciones son funcionales a su mantenimiento y reproducción. Ya no hablamos de sentido sino de estricta finalidad definitivamente preestablecida por la causalidad.

Apelar a la vida como *bios*, la vida que es cuerpo, es decir rol, proyecto, memoria, lenguaje y precariedad, traducir todo ello por poder, potencia, sin asimilar ésta a la totipotencia de la naturaleza, y mucho menos de la voluntad, puede darnos una clave a la hora de pensar aquellas palabras que nos acosan desde los planteos deconstructivos caros a la filosofía actual: lo uno y lo múltiple, lo igual y lo diferente, el yo y lo otro, la libertad y la necesidad. El saber del cuerpo “es un saber venido de otra parte”¹¹. Pero ¿acaso el cuerpo no es un lazo inevitable a una *physis* que condiciona el lenguaje, la voluntad, el tiempo y el espacio, es decir la vida, el *bios*? ¿Cómo pensar este condicionamiento y al mismo tiempo reconocer lo que sustenta todo discurso político desde la modernidad hasta hoy: la voluntad libre? ¿No tendremos finalmente que aceptar que lo que ponemos en juego al vivir como humanos, sobre todo en lo que denominamos vida política, no es más que lo que Nietzsche denomina “el más alto poder del destino”? En ese caso desaparece todo conflicto, y podríamos aceptar sin ningún tipo de resquemor que el curso de la historia es una expresión más de la ineluctable fatalidad que dirige al mundo y que reconocemos sin ningún dolor cuando hablamos de la naturaleza. ¿Por qué considerarnos ajenos a la naturaleza y su sino? ¿Por qué suponer que el ejercicio del *bios* es “otra vida” que la “natural”? Tal vez tengan razón los biólogos y debamos considerar que vida y *bios* comparten sentido y que sólo podemos jugar con la “différance” propuesta por Derrida. ¿Por qué la vida no se mostraría en el descubrimiento de lo que la alienta? Tal vez ello no nos impida pensar en la libertad que sostiene al pensamiento moderno sino encontrarnos en el camino con Lutero y con Nietzsche, modernos también, aceptando que “la puerta es la que elige, no el hombre” como dice Borges. En este punto el ejercicio de la libertad no será más que la necesidad libremente aceptada del “amor

11. B. Stiegler, “¿Qué cambia poner el cuerpo en lugar del alma? Nietzsche, entre Descartes, Kant y la biología”, *Eidos, Revista de Filosofía de la Universidad del Norte*, N° 1, agosto, 2003, Barranquilla, Universidad del Norte, p. 140.

fati”, un destino elevándose sobre otro destino. “Mi fórmula para la grandeza del hombre es el *amor fati*: que no querramos otra cosa ni antes ni después, ni en toda la eternidad. No sólo soportar lo necesario, mucho menos disimularlo,...sino amarlo”¹². Hallo en la libertad como lo opuesto a la necesidad, una clave en tanto y en cuanto no podemos separarla de los planteos a que nos conduce la reflexión sobre el ser humano, sobre la vida del ser humano, sobre el *bios*. El desarrollo de la biopolítica parece avanzar por ese camino, en que aparece la libertad como un modo de diferenciar la vida y hacerla *bios*.

12. F. Nietzsche, *Ecce Homo*, “Warum icho so Klug bin”, #10, *Werke (Karl Schlechta)* II, München, Karl Hansen Verlag, 1955.